

derosos que los políticos que intentan refrenarlos y matan los gobiernos ó las libertades públicas. Podemos decir que desaparece la fuerza del hombre, y queda en su lugar la fuerza de las cosas, que es la fuerza de Dios que está en el fondo de los acontecimientos.

El cristianismo, señores, ejerce un influjo regenerador tan grande sobre las almas, que las inclina á la virtud y las hace á un mismo tiempo flexibles á la direccion de un gobierno. En otros discursos anteriores hemos demostrado que el cristianismo es la santidad; cuando un pueblo se deja guiar por él, recoge como fruto el resultado de que los hombres se vuelven justos, honrados, dóciles, sobrios, moderados en sus deseos, animosos en los peligros, y fuertes para reprimir la tiranía, porque adquieren tres cualidades necesarias al gobierno de los pueblos: aman, respetan y obedecen: el cristianismo hace virtuosos á los hombres para hacerlos dóciles, y con las virtudes con que les adorna les procura la libertad que necesitan. No necesitando los gobiernos usar de la fuerza represiva para mantener en el orden á los pueblos que por inclinacion natural viven en el orden, se dedican solo á atacar los vicios. Los pueblos que caminan por la senda de la justicia no se ven oprimidos por la violencia. La libertad social nace y se desarrolla de una manera lenta, pero positiva, siguiendo los pasos que le marca el cristianismo que lo hace dócil, porque es virtuoso, y libre porque es dócil. Querer que sean los pueblos libres, permitiendo que desaparezca en ellos con las virtudes públicas el cristianismo que las engendra, es destruir la raiz de un

árbol cuyos frutos se quieren recoger. Así tiene Dios dispuestas las cosas en bien del mundo. Para ser libre es necesario ser dócil; para tener docilidad es preciso ser virtuoso; para ser virtuoso en el sentido mas elevado de esta palabra, es necesario ser cristiano; y para que los pueblos sean cristianos, deben reconocer la autoridad de Jesucristo. Los hombres no pueden cambiar este encadenamiento que hace nacer la libertad de las virtudes cristianas por medio de Jesucristo libertador.

Pero ¿qué importa, dirán algunos, para gozar de la libertad, que un pueblo sea bueno, si sube al poder un hombre que posea todos los vicios y ninguna virtud? ¿Podrá Roma salvar sus libertades públicas si la gobierna un monstruo llamado Tiberio, Neron ó Calígula? No negaré, señores, que un príncipe que nació déspota, puede sorprender un dia á una nacion y hacerla esclava; pero un pueblo que sea en lo general virtuoso, no sufre por mucho tiempo la tiranía. Lo que hizo Tiberio no fué obra solo de Tiberio; Tiberio fué cruel porque Roma era corrompida; la nacion romana corria á su esclavitud, y el emperador queria ser tirano; y estas dos causas eran suficientes para que la pervertida Roma perdiera dos veces la libertad. Si en Roma hubiesen existido virtudes públicas, los Neronés y los Tiberios no hubieran hecho nunca lo que hicieron. Los pueblos virtuosos producen siempre príncipes virtuosos, y las naciones corrompidas nunca darán de sí mas que tiranos. Sea lo que fuere del efecto que obran las virtudes populares sobre las virtudes de los príncipes, lo que muestra mejor cuán favorable es la accion del cristianismo á

la libertad, es, que mientras ella forma los mejores súbditos, es decir, los súbditos mas obedientes y fáciles de gobernar, produce al mismo tiempo los mejores reyes, es decir, los reyes de corazon mas paternal, y por lo mismo los mas solícitos de la libertad de sus pueblos.

El cristianismo tiende por su propia naturaleza á inspirar á los reyes sentimientos paternales. Y así como el padre cristiano tiene algo de real, tiene á su vez el monarca algo de paternal; uno y otro han recibido un destello de la paternidad de Dios. El cristianismo hace á los pueblos libres sin hablarles de libertad, porque crea autoridades reales que son compatibles con las libertades populares. ¿Quién es mas libre que un niño que vive bajo la tutela de sus padres? Parece un contrasentido ser libre y depender de otros; pero no lo es, señores, porque los padres son la autoridad que Dios ha dado á la infancia para servirla; así como los príncipes cristianos han sido creados para servir á sus pueblos; ó en otros términos, son la autoridad que se consagra al bien de los gobernados. ¿Podrían dejar de ser libres los pueblos que reconociendo la autoridad cristiana son dignos de serlo? Hé aquí por qué en las naciones cristianas son libres los que obedecen; y los que mandan son esclavos, pero esclavos que están sujetos á la mas gloriosa de las servidumbres, porque se sacrifican por todos los demas, y resulta de esto la libertad del pueblo, la dicha de todos y la gloria del monarca. No sucedia lo mismo entre los paganos, pues todos eran esclavos y solo el monarca era libre.

La paternidad, señores, es bondadosamente libe-

ral, como que imita por inclinacion natural la paternidad de Dios; es bondadosa por naturaleza, *cujus natura bonitas*; la bondad y la paternidad son dos imágenes gratas á todos los hombres. ¿Puede alguno ser buen padre sin ser virtuoso? La bondad es un amor que produce el bien gratuitamente; y así los príncipes cristianos que quieren ser buenos gobernando paternalmente, procuran á sus súbditos la libertad en el verdadero sentido de esta palabra; y el primer dón que les hacen por su obediencia, es esa misma tan deseada libertad.

En los príncipes verdaderamente cristianos hay una cosa la mas favorable á la libertad de sus pueblos, y es el deseo que tienen de hacerlos libres; así como un príncipe corrompido no puede querer la libertad de sus pueblos, porque el vicio es naturalmente opresor, el que es virtuoso y sinceramente cristiano no puede querer que sus súbditos gimán en servidumbre, porque la virtud es naturalmente liberal. Sucederá acaso que un príncipe sinceramente cristiano se engañe en el modo de gobernar á sus pueblos y disminuya la libertad queriendo aumentarla; pero lo que nos importa aquí es ver si un príncipe cristiano puede, profesando esta religion divina, por el mismo hecho de profesarla, oprimir á sus pueblos. Ciertamente que no, porque ejercer en hombres libres una dominacion despótica, es oponerse á la voluntad de Jesucristo, que quiere que la autoridad liberalmente se ejerza. Príncipes cristianos ha habido que gobiernan despóticamente; pero este despotismo no ha venido de la religion cristiana que profesaban, sino de los vicios que se sobreponen muchas veces á las vir-

tudes que inspira el cristianismo. Colocad á un santo sobre el trono, y yo os aseguro que él procurará ante todo la libertad de sus pueblos, puesto que la santidad no puede sin la caridad existir, y á la caridad repugna la opresion y detesta el régimen que tiene por principio la esclavitud.

Lo que mas garantiza á un pueblo su libertad, es la espontánea voluntad de un monarca de gobernar á hombres libres. Si lejos de tener esta voluntad opina por lo contrario, ninguna constitucion, por liberal que sea, logrará contrariar sus tendencias tiránicas. El pueblo se llamará libre, pero sin serlo; tendrá una constitucion, pero no dejará de ser esclavo, quedando siempre sujeto á la voluntad real, consular ó imperial. Por el contrario, suponed una constitucion la mas despótica: si el que gobierna la sociedad es un príncipe que quiere hacer libre á su pueblo; si tiene ministros dignos por sus virtudes de serlo, la nacion será libre, fuera de aquellos casos extraordinarios que no están sujetos á la voluntad de los hombres: la primera condicion que deben tener los que gobiernan, para asegurar la libertad de los que obedecen, es querer darles la libertad.

Este es el poderoso resorte que mueve el cristianismo para hacer á los pueblos libres: hace que los reyes convertidos en padres de sus súbditos, deseen la libertad; y engendran en los pueblos la voluntad de obedecer á sus gobernantes. De este modo comprendemos nosotros una sociedad perfecta y verdaderamente cristiana; aquella en que los súbditos quisieran mas poderosos á sus príncipes, y estos no encuentran á sus súbditos bastantemente libres, pues

sucede en ellas que la libertad quiere aumentar la autoridad, ó la autoridad á la libertad. Esta lucha generosa entre los que mandan y los que obedecen, hará que la sociedad siempre progrese; la libertad y la autoridad, buscando siempre el bien, marcharán juntas procurando la union y la paz de los pueblos.

En la Iglesia encontramos el tipo de esta sociedad ideal. No cabe duda que las naciones progresan á medida que son mas cristianas. Supongamos una sociedad cristiana que tuviese un rey como Luis IX y súbditos como S. Buenaventura. ¿Seria posible en ella la esclavitud? Cuando los gobernados quieren obedecer y los gobernantes huyen de oprimir á sus súbditos, ¿qué impedirá la existencia de una libertad garantizada por las virtudes de los primeros y la voluntad de los segundos? La libertad solo dejaria de existir bajo ciertos sistemas de gobierno radicalmente opresores, cuyos vicios fueran mas eficaces para esclavizar que poderosas las virtudes de los pueblos y de los reyes para librarse de la servidumbre.

El cristianismo no puede llevarnos á este resultado; porque cuando en una sociedad se arraigan profundamente las virtudes cristianas, las constituciones políticas que en él se adoptan tienen por principio la libertad. El anticristianismo es esencialmente despótico, y bajo el nombre de libertad, nunca será mas que tirano. Jamas pudo el paganismo crear instituciones que dieran por resultado la libertad humana, á pesar del genio de sus legisladores. La libertad de los atenienses y la de los romanos, tan exagerada por algunos historiadores, no fué sino una apariencia de libertad. El paganismo era la fuente de la tiranía; y

aunque aparentemente liberal en sus instituciones, era realmente despótico. Las doctrinas del cristianismo se oponen diametralmente á las leyes despóticas; todas sus inspiraciones van acompañadas de una tendencia liberal. Y si no consigue desarrollar en todas las sociedades la libertad que intenta establecer en ellas, es porque se encuentra á su paso con el racionalismo político que bajo el nombre de libertad moderna, no quisiera sino construir de nuevo el templo en que debe sentarse el antiguo despotismo de las sociedades paganas.

El racionalismo aplicado á los gobiernos tiene tres cualidades hostiles á la libertad, que pueden resumirse en tres palabras: es dominante, caprichoso y amigo de fórmulas y sutilezas, que son tres caracteres enteramente opuestos al cristianismo. Por esto el uno oprime y el otro da la libertad á los pueblos.

Una de las particularidades mas esencialmente notables del racionalismo es, que mientras se proclama liberal y enarbola el estandarte de la libertad, se muestra en todas partes con todos los rasgos propios de la tiranía; es imperioso hasta el absolutismo, porque quiere que se admitan todas sus ideas políticas como dogmas que deben creerse sin discutirse, é imponer leyes completamente absolutas. De ahí nace esa diversidad y oposicion de pensamientos que encierran sus doctrinas: uno dice á la nacion que la república es el ideal de los gobiernos; otro que el comunismo es el único sistema de gobierno capaz de defender á los pequeños contra los ataques de los grandes; y un tercero pretende que no puede haber progreso sin poner en práctica las teorías de Fourier. Y no faltan

algunos que si bien defienden principios menos exagerados, en cambio no cuentan para nada con las costumbres locales ó nacionales, ni con las circunstancias especiales de los pueblos; pero no por ser menos exageradas sus ideas son mas moderadas sus pretensiones. Sostienen que deben existir parlamentos donde declamar contra los abusos de la autoridad para que los pueblos sean libres, y quieren que como ellos, seamos todos parlamentarios. Para destruir la tiranía, quieren constituciones pensadas, discutidas y decretadas por los representantes del pueblo; y nos convierten en constitucionalistas. Y no faltan entre ellos quienes aboguen por el despotismo político, sosteniendo, siempre en nombre de la libertad, que ésta no es posible sino bajo un régimen absoluto; estos últimos quieren que seamos absolutistas.

Así es como se espresa, señores, ese tirano conocido bajo el nombre de ideología social: he aquí las ideas que desea ver planteadas en las naciones que quisiera ver arrastradas en su fango. El ideólogo, es sombrío, absoluto, déspota, imperioso y exigente. No quiere formar parte de la sociedad; pretende que la sociedad sea una parte de su todo; que viva en él, madure en él y perezca en él. No es otra la fuente de la tiranía que amenaza acabar con las libertades del mundo entero; es el absolutismo de la idea encarnada en el hombre é imponiendo sus pensamientos personales como condicion para conseguir la libertad social.

¿Qué es lo que en cambio de todo esto exige de nosotros el cristianismo? Solo una cosa, y es la libertad garantizada por la autoridad. No negaremos que

tiene sus preferencias y que es monarquista por instinto y por inclinacion; pues siendo la monarquía la unidad, el órden y la estabilidad, debe inclinarse á la monarquía; pero no exige con imperio; no dice á una sociedad: serás absolutista, constitucionalista ó republicana; sino que la deja seguir sus tendencias naturales, como inspiradas por la Providencia; y si se da á sí misma una constitucion, como será hija de un rasgo espontáneo de su voluntad, no podrá ser despótica.

El cristianismo nada excluye, porque es santamente liberal, y se opone al racionalismo político precisamente porque sabe esperar sin exigir nada por la violencia. El genio revolucionario todo lo improvisa y quiere en un momento modificar una obra que es hija de los siglos; el cristianismo espera porque se siente inmortal. Aunque de diferente materia, es como la naturaleza, hijo de Dios é imita siempre á su Creador. Deja que las constituciones políticas deban su lenta formacion á las costumbres y necesidades naturales, conociendo que una nacion es tan libre bajo un régimen constitucional adaptado á sus costumbres como lo es el hombre al desarrollarse orgánicamente conservando todos sus movimientos. Así es como procura el cristianismo á los pueblos la libertad que necesitan; si algunos adelantamientos son tardos, es porque no les ha llegado aún el momento de desarrollarse; pero no dejará ese momento de llegar. Una sociedad pensadora producirá la libertad como un árbol bien cultivado dará á su tiempo el fruto debido.

El que no conozca que para que una nacion obtenga una verdadera libertad debe esperar los efectos naturales del tiempo, podrá comprender perfecta-

mente todo lo concerniente al individuo, pero carecerá de todo conocimiento relativo á la libertad social. Las constituciones de los revolucionarios modernos, señores, adolecen de ese defecto sin que ellos lo presuman. Los revolucionarios improvisan constituciones como discursos un orador; y como no reflexionan lo que hacen, están sobremanera satisfechos de sus obras. Sus volcánicas imaginaciones les hace impacientes, y quisieran, para plantear su sistema, que volara el tiempo; y quisieran tambien que las sociedades adoptaran en un dia trabajos que requieren mil años de esperiencia. Conociendo que en los tiempos pasados carecian los pueblos de toda la libertad de que eran capaces, quisieran que hoy se les diera más de la que necesitan. Semejantes á una madre imprudente que concede á sus hijos imberbes aún una libertad desproporcionada á sus años, quisieran conceder al pueblo una libertad que los mataria.

Todos los reformadores y políticos anticristianos adolecen del mismo defecto; improvisándolo todo, quisieran imponer para lo futuro ideas que apenas acaban de concebir; y no viven las naciones con ideas improvisadas. El cristianismo nada improvisa cuando se trata de las sociedades, á pesar de que es capaz de hacer milagros; lo que produce lo medita durante siglos enteros, pero hace obras maestras en el fondo de las cuales se ve la mano de Dios. Las constituciones cristianas que han crecido poco á poco bajo la esperiencia de tantos siglos, han recibido una inspiracion divina, y por esto duran perpetuamente como un brillante reflejo de su divinidad. Las constituciones humanas, al contrario, nacen y mueren al nacer; y las